

Para citaciones:

Favaron, P y Chonon, B. (2020). Metsá kené: los diseños y la identidad del pueblo shipibo-konibo. *Visitas al Patio*, 14(2), 100-114. DOI: 10.32997/RVP-vol.14-num.2-2020-2782

Recibido: 15 de febrero de 2020

Aprobado: 20 de mayo de 2020

Editor: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2020. Favaron, P y Chonon, B. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

Metsá kené: los diseños y la identidad del pueblo shipibo- konibo

Metsa kené: the designs and identity of the Shipibo-Konibo people

Pedro Favaron¹ y Chonon Bensho²

Comunidad Nativa Santa Clara de Yarinacocha (Perú)

RESUMEN

La nación shipibo-konibo es un pueblo indígena de la Amazonía peruana. Pertenece a la familia lingüística pano y se asienta, principalmente, en las orillas del río Ucayali y del río Psiqui. También se pueden encontrar algunas comunidades shipibas en otras ciudades del Perú, como Tingo María, Iquitos o Lima. Una de sus características más saltantes es la belleza de sus diseños geométricos, que reciben el nombre de kené. Desde abril del 2008, y gracias al trabajo conjunto de antropólogos, artistas shipibos y autoridades sensibles a la belleza del arte indígena, el kené fue declarado Patrimonio cultural de la nación por el ahora desaparecido Instituto Nacional de Cultura del Perú. En el presente texto, se dará cuenta sobre los diseños kené desde la propia perspectiva indígena, proponiendo la posibilidad de una escritura académica intercultural que permita a los conocimientos ancestrales expresarse desde su temperamento poético y narrativo.

Palabras clave: diseños kené; shipibo-konibo; arte indígena; academia intercultural; saberes ancestrales.

ABSTRACT

The Shipibo-Konibo nation is an indigenous people of the Peruvian Amazon. It belongs to the Pano language family and is mainly settled on the banks of the Ucayali and Psiqui rivers. Some Shipibo communities can also be found in other cities of Peru, such as Tingo Maria, Iquitos or Lima. One of its most outstanding characteristics is the beauty of its geometrical designs, which are called kené. Since April 2008, and thanks to the joint work of anthropologists, Shipibo artists and authorities sensitive to the beauty of indigenous art, the kene was declared cultural heritage of the nation by the now defunct National Institute of Culture of Peru. In the present text, it will be given account on the kené designs from the own indigenous perspective, proposing the possibility of an intercultural academic writing that allows the ancestral knowledge to express itself from its poetic and narrative temperament.

Key words: kene designs; shipibo-konibo; indigenous art; intercultural academy; ancestral knowledge.

¹ Doctor en Literatura por la Universidad de Montreal y magister en Comunicación y Cultura por la Universidad de Buenos Aires. Poeta, investigador académico independiente, ensayista, narrador, comunicador social y audiovisual. Director de Nishi Nete. Independiente. Chacarero. pfavaron@yahoo.com.ar

² Artista indígena y chacarera. Licenciada en Artes Plásticas y Visuales por la Escuela Superior de Formación Artística Eduardo Mesa Saravia. Contacto: <https://www.facebook.com/fransisca.gonzales.35>

INTRODUCCIÓN

Aunque al nacer mis padres me inscribieron en la Municipalidad de Yarinacocha con el nombre occidental de Astrith Gonzales Agustín, en shipibo-konibo, que es mi lengua materna, me llamo Chonon Bensho, y significa golondrina de los campos medicinales. Soy una legítima heredera del saber de mis ancestros. Escribo este trabajo en conjunto con mi esposo, Pedro Favaron, complementándonos, como deben siempre hacer el marido y la mujer cuando piensan de forma saludable y actúan según las antiguas enseñanzas. El nombre shipibo de mi esposo es Inin Niwe, que significa viento perfumado de la medicina. Ese nombre viene de los Chaikonibo, que son los Dueños espirituales del mundo medicinal. Cuando una mujer shipiba sabe las costumbres de sus abuelas y las sigue practicando, cuando conoce distintas plantas medicinales y con sus pies descalzos pisa la tierra que caminaron sus padres, no es una persona perdida en el mundo, sin identidad, sin destino. Sabe de dónde viene e intuye a dónde va.

Siendo yo una mujer indígena, nacida y nutrida en el seno afectivo de una familia shipiba, y siendo mi esposo un hombre que reaprendió a pensar y a sentir la existencia siguiendo las enseñanzas medicinales de mis abuelos, no podemos ni queremos realizar investigaciones académicas como si fuéramos personas ajenas a nuestra cultura. Quien desconoce sus orígenes es como un árbol sin raíz. Las propias sabidurías indígenas nos hablan, de forma insistente, acerca de la importancia de preservar nuestras relaciones afectivas; sin estos vínculos de parentesco se hace imposible la propia realización de nuestra humanidad y el desarrollo pleno de nuestras potencialidades. El ser humano no es en soledad, sino que la individualidad se realiza en relación con nuestros parientes, con nuestra cultura, con otros grupos humanos, con el resto de seres vivos y con los territorios que habitamos. Sentimos que es necesario hacer investigación cultural desde adentro de una red de relaciones afectivas y de confianza. Esto permite sondear esas sabidurías que se niegan a los neófitos y a los extranjeros. Hay mucho que solo se le dice a quienes se ama. Los resultados de una investigación así no pretenden justificarse en base a la aplicación de técnicas objetivas, porque es solo desde la propia vivencia y la vinculación afectiva que los saberes ancestrales cobran sentido. Para nosotros, la sabiduría ancestral no es un tema que nos interese solo de forma intelectual, sino que se trata de algo que da sentido a nuestra existencia, que atraviesa todas nuestras prácticas y pensamientos. No toda investigación académica tiene que seguir metodologías rigurosas, frías, objetivantes de las realidades estudiadas; por el contrario, este tipo de acercamiento, cuando se trata de aprender la sabiduría ancestral de los pueblos indígenas, suele generar el rechazo y la desconfianza de las comunidades.

Como mujer shipiba yo practico el dibujo y bordado de los diseños kené. El kené fue declarado Patrimonio cultural de la nación por el ahora desaparecido Instituto Nacional de Cultura del Perú, considerando que es “una manifestación cultural que resume la cosmovisión, el conocimiento y la estética de la sociedad shipibo-konibo y que es, además, uno de sus principales elementos identitarios frente a la sociedad nacional” (Belaunde, 2009: 13). El kené me permite expresar mi sensibilidad artística y la profundidad filosófica y afectiva de mi pensamiento. Aunque son muchos los mestizos y extranjeros que aprecian la belleza de nuestros diseños, pocos llegan a entender los profundos significados, afectivos y espirituales, que estos diseños tienen para nosotros, ya que crecemos rodeadas de ellos, envueltas por los kené. Como afirma Luisa Elvira Belaúnde, “desde niñas, las mujeres pasan diariamente

horas junto a sus madres y demás mujeres, observándolas, imitándolas y entrenándose en el arte de cubrir con diseños la cerámica, las ropas y los objetos que hacen juntas” (2009: 19). El kené es parte de la herencia que me legó mi madre. Para una mujer shipiba el diseño es indesligable del afecto materno, del cariño de sus tías, del buen pensamiento de sus abuelas, de las tardes en familia, de los cuidados brindados en los primeros años, de las risas compartidas y los consejos recibidos. Para mí, en el diseño se entrelaza la sabiduría de mi madre con la compasión de su mirada; siento su respiración y el latido de su corazón contra mi pecho cuando me abrazaba de niña.

El kené me trae siempre la memoria de sus desvelos y cuidados, e incluso los dolores de parto con los que me trajo al mundo y esa imposible reminiscencia de los nueve meses que pasé en su útero. Como mi madre ya está ausente y ha partido a otro mundo, en el kené recuerdo las lágrimas de la separación, la fugacidad de nuestro paso sobre esta tierra, pero también la certeza de la continuidad, de que algún día, en otro río, en otro bosque, en otro pueblo, volveré a reencontrarme con mis antepasados.

El kené es símbolo de nuestra identidad cultural y de nuestra relación con los ríos y los bosques amazónicos. Es una suerte de escritura de nuestra memoria, la más honda manifestación de nuestra espiritualidad, de nuestra creatividad, de nuestra refinada sensibilidad artística. En el kené se expresan nuestros diálogos con las plantas medicinales y con los seres de la naturaleza; también los pensamientos, las palabras, las alegrías, los cantos y la sabiduría de nuestros antiguos. El kené da testimonio de la aspiración del pueblo shipibo-konibo a la belleza, a la salud, al equilibrio, a la armonía existencial, al buen vivir. También de nuestra relación con los espíritus Chaikonibo y con los Inka, que son los sabios eternos.

El kené bordado sobre telas recibe el nombre de *kené*. La mujer que hace *kené* borda afectos e identidades; con su hilo une los espacios y los tiempos, vincula a los parientes distantes, a los antiguos con las nuevas generaciones, al pasado con el presente y al presente con el futuro. El *kené* demanda una concentración meditativa. La calidad del bordado da cuenta del estado de nuestro espíritu. Un kené hermoso y finamente ejecutado es siempre testimonio del buen pensamiento de quien diseña. Un diseño mal hecho, puede verse más o menos bien por la parte frontal; pero si la espalda de la tela, que es el lado oculto, está desordenado, esta mala factura da testimonio de la intranquilidad interior de la bordadora, de la inquietud de su pensamiento. Un *kené* fino, en cambio, es similar en la fineza de su acabado por el verso y el reverso, dando cuenta del afecto, la concentración y la pericia con que la bordadora ha realizado su trabajo. No hay que hacer las cosas solo para vender una mercancía a los turistas, ya que el kené es nuestra herencia ancestral y demanda nuestro respeto. Hacer kené es honrar nuestro origen, vincularnos con nuestra raíz, seguir los pasos de los antiguos, acordarnos con amor de nuestros padres. Es necesario bordar con sosiego en la mente y el corazón. Es desde el silencio interior que brota la musicalidad gráfica del kené.

El origen acuático del kené

Los shipibo-konibo somos un pueblo asentado desde hace mucho a las orillas del río Ucayali, que es morada de infinitud de vida. La vida del pueblo shipibo-konibo es indesligable de los ríos y de los lagos. Desde antiguo hemos entablado un hondo

diálogo con el agua. Los cambios de caudal entre la estación seca y la de lluvia condicionan nuestra existencia, marcan nuestros ritmos vitales y nuestras migraciones. El paisaje se transforma de forma rotunda cuando llueve en las alturas andinas y crecen las aguas en la selva. La nación shipibo-konibo, aunque también practica la cacería en el monte, es ante todo un pueblo pescador. El mundo del agua es fuente de nutrición, generosa matriz que prodiga alimentos y que ha permitido la supervivencia de nuestro pueblo. Nuestro mundo se complementa de manera estrecha con el mundo del agua, al que llamamos en nuestra lengua *jene nete*. Así como el río es pródigo en vida, siendo morada de diversos peces y mamíferos, también lo es en seres extraordinarios. Nuestros abuelos nos han contado historias que resultarán difíciles de creer para la mentalidad moderna, pero que nosotros sabemos que se inspiraban en sus experiencias visionarias. Junto a las nutrias y delfines, a las rayas y manatíes, los antiguos médicos Onanya aseguraban que una especie de humanos acuáticos tenía sus casas, sus huertas y sus propias costumbres en el fondo de los ríos y los lagos de la selva. *Jenemea jonibo* se puede llamar en shipibo a estos Dueños del mundo del agua, a los que se les atribuye una insondable sabiduría medicinal. También se les conoce como *Jene Chaikonibo*.

Se dice que, en la antigüedad, algunos hombres y mujeres eran llevados por estos espíritus acuáticos a su mundo; podían convivir con ellos por un tiempo, aprendiendo de sus conocimientos, entablando relaciones de afecto y trabajando juntos. Algunos humanos se quedaban para siempre viviendo con ellos, casándose con hombre y mujeres de esa nación acuática; otros volvían con sus parientes y les enseñaban todo lo aprendido bajo el agua. El *jene nete* se imagina casi como un espejo de nuestro mundo; bajo el agua se puede encontrar todo lo que tenemos los seres humanos, pero siempre un poco diferente. En vez de sillas, los seres del agua se sientan en tortugas; en vez de canoas, ellos viajan en anacondas. Se puede decir que nuestro mundo entabla una relación simétrica y de reflejo con el mundo del agua; pero esta simetría no pretende generar una igualdad, sino que deja espacio para la diferencia y la particularidad de cada uno de los mundos. Nuestro mundo y el mundo del agua se reflejan y se complementan como ambos lados de un kené.

Nuestros abuelos nos contaban que los antiguos sabios que se habían iniciado tras muchos años en aislamiento en el bosque, con escuetos alimentos y duras abstinencias, podían hundirse con todo su cuerpo biológico en los ríos y lagos; nos decían que con el humo de sus pipas formaban remolinos y desaparecían ante la mirada de sus parientes, para pasar horas o incluso días bajo las aguas. Los antiguos narraban que incluso los diseños kené provienen del mundo de las aguas. Las narraciones señalan que los primeros shipibos no conocían los diseños; sus ropas eran tristes y opacas, sin belleza. Un día, una mujer salió de su casa para caminar a la orilla del lago. Vio a lo lejos una sirena. Se acercó a ella y observó que su piel estaba decorada con bellos diseños. La mujer regresó a su hogar y dibujó en el suelo los dibujos geométricos que había visto en la sirena. Las demás mujeres se asombraron, les gustó mucho lo que la mujer había dibujado; y empezaron a pintar esos diseños en sus faldas y en las túnicas de sus maridos, en sus telas e incluso en los horcones de sus casas. Desde entonces, los shipibo-konibo nos identificamos por la belleza y fineza de nuestros diseños, que son la base de nuestra identidad cultural. Los diseños son una herencia que nos dejaron los espíritus del agua.

Los diferentes tipos de diseños

Según han escrito Brabec y Leida Mori, las mujeres shipibas han perfeccionado su arte del diseño “orientándose con la observación de la naturaleza” (2009b: 111), puesto que muchos animales (como las boas) y distintas plantas parecen llevar diseños en sus cuerpos; también aseguran que las pisadas de las garzas en la arena de las playas, así como las telas de araña, pueden ser motivo de inspiración para el diseño kené. Las antiguas diseñadoras eran mujeres contemplativas que se inspiraban en la geografía, en los animales y en otros seres de la naturaleza para realizar sus distintos diseños y darles un nombre. Sin embargo, no conviene pensar este proceso como si se tratara de una imitación de la naturaleza. Tal como afirma Luisa Elvira Belaunde,

el hecho de que algunos trazos de kené sean llamados con el nombre de un ave, una parte del cuerpo o una estrella, por ejemplo, no quiere decir que tal trazo sea simplemente una imagen de tal ave ni que su función sea representarla como si se tratase de un código visual designativo. (2009: 25)

Se trata de una semántica que tiene mucho más que ver con una evocación poética que con una designación rígida o con una lógica representativa.

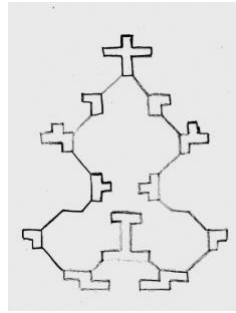
Además, un mismo patrón de diseño puede tener un nombre distinto para cada diseñadora, dando constancia de la evocación poética y simbólica que cada diseño despierta en la propia artista. E incluso, un mismo diseño puede tener múltiples resonancias simbólicas para una misma persona, ya que el simbolismo del kené es multisignificante. No existe una hermenéutica rígida de los diseños kené que nos permita hallar significados unívocos y excluyentes de los distintos tipos de diseños; se trata de un lenguaje flexible que no soporta las categorías demasiado fijas y que permanece siempre abierto a la interpretación personal. El nombre con el que cada diseñadora designa a un determinado patrón no puede ser tomado como un nombre universalmente válido. Las interpretaciones pueden cambiar de artesana en artesana, dependiendo, principalmente, de la región de origen de la persona y de las enseñanzas de cada familia. Pero también, en tanto creadoras, las mujeres tenemos nuestras propias interpretaciones de los trabajos que hacemos. Si bien nos basamos en un saber cultural compartido por toda la nación shipibo-konibo, esto no es algo coercitivo que impida la creación individual, sino una base desde la que desplegamos nuestro talento creador.

Antiguamente existían ciertas tradiciones regionales del kené: dependiendo de cada pueblo y de su ubicación, ya sean del alto, el medio o el bajo Ucayali, los diseños solían ser diferentes, con características identificables. Los kené del alto Ucayali, que era un territorio habitado principalmente por familias konibo, eran por lo general más largos y con curvas prolongadas: los trabajos de mi abuela Senen Wano, que provenía del lago Imiriá, tenían esa apariencia. Los del medio Ucayali, en cambio, por lo general eran diseños con más detalles y trazaban vueltas más pequeñas y pronunciadas. Así eran los trabajos de mi abuela Shinan Same, oriunda de la Comunidad Nativa de San Francisco, a orillas del lago Yarinacocha. Y los de bajo Ucayali, que era el territorio habitado principalmente por las familias shetebo, tenían un estilo de diseño largo y con el trazo más ancho. Sin embargo, los estilos regionales empezaron a mezclarse cuando las personas de distintas zonas del río Ucayali se casaron entre sí y se dieron los desplazamientos familiares modernos. En la

actualidad podemos afirmar que cada familia tiene una tradición propia que debe a la multiplicidad de sus herencias culturales; y cada artista, en base a lo aprendido de sus madres y abuelas, crea un estilo personal en diálogo con los diseños que observa de otras mujeres. Existen diseñadoras más creativas, que consiguen un lenguaje propio para expresarse que les permite ser consideradas maestras Meraya del diseño, *kenekan merayata ainbo*, teniendo sus trazos un hondo sentido simbólico; otras, en cambio, hacen diseños más simples o suelen copiar, en mayor o menor medida, las creaciones de las artistas. Cada artista explica el sentido de sus creaciones según sus propios conocimientos y raíces culturales. No conviene llegar a conclusiones antropológicas sobre los diseños kené a partir del trabajo de una artista particular. Por lo general, las Meraya del kené son mujeres que se han curado desde su niñez con plantas especiales para el diseño.

Uno de los diseños más conocidos es el maya kené (figura 1), que es un diseño circular, que da la impresión de avanzar girando. El maya kené es una geometría simbólica inspirada en los lagos, en los prolongados meandros de los ríos amazónicos y en las quebradas. Algunas mujeres explican el maya kené como si se tratara de la abstracción geométrica de un territorio imaginado, una suerte de cartografía arquetípica captada desde una mirada aérea, como a vuelo de pájaro. Debido a que el maya kené se inspira en los ríos, que eran los antiguos caminos que vinculaban a los parientes, se podría decir que es el símbolo por excelencia de todo lo que mantiene al pueblo shipibo-konibo unido y diferenciado de otras naciones. La mujer borda en el maya kené sus afectos, su memoria y sus pensamientos; en última instancia, la diseñadora se borda a ella misma, borda su propia alma y sensibilidad, ya que nuestro ser es indesligable de este íntimo diálogo con nuestra comunidad y con el territorio. Nuestro pueblo es indesligable de los árboles y de los ríos. Podría decirse que el territorio nos habita tanto como nosotros lo habitamos. Y que el maya kené da cuenta de este vínculo y del círculo sagrado de la vida, que engloba a los seres humanos, al resto de seres vivos y al territorio.

Además, nosotros interpretamos que el maya kené es símbolo del tiempo, de los ciclos vitales, del paso de las estaciones y de los años, de las eras y las edades. El espacio y el tiempo no son del todo divisibles en nuestro pensamiento, ya que no existe uno sin el otro, sino que se complementan el uno y el otro para producir las condiciones necesarias que vuelven posible la vida. El espacio y el tiempo son las sustancias que permiten la existencia de nuestro mundo. Y nuestro mundo está en constante cambio y movimiento. Por eso el maya kané es también expresión artística del desplazamiento, del devenir y de la transformación de los seres vivos, de las aves, de los peces, de los animales de monte y de los humanos. Nosotros navegamos en canoa para ir de un lugar a otro, para internarnos en los ríos en busca de peces, para llegar a los territorios distantes, para visitar a nuestros familiares. Y tal vez sea también en una canoa invisible como partamos de este mundo cuando nuestro corazón deje de latir, para ir a otro mundo a reencontrarnos con los que ya partieron. El movimiento de la existencia es cíclico y circular, como los nidos del paucar y de otras aves, y como el movimiento de la tierra. No es morir, sino transformarse y retornar a nuestro principio. Es posible, entonces, entender al maya kené como símbolo de la continuidad circular de la existencia, del retorno del ser humano a sus orígenes, a la raíz de su vida material y anímica.



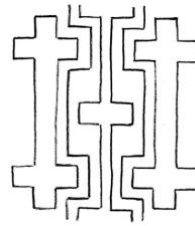
(Figura 1)

El koros kené (figura 2), por su parte, es un diseño en forma de cruz. Aunque la palabra koros es un neologismo en lengua shipiba proveniente del término castellano “cruz”, este diseño es muy anterior a la llegada de los occidentales al territorio amazónico. Parece cercano a la chakana que estuvo presente en distintas culturas indígenas de América desde tiempos imprecisables, desde la Patagonia hasta el norte de los Andes e incluso más allá. Entre el pueblo shipibo-konibo, la interpretación más común del koros kené suele asociarlo a la festividad del *ani xeati*. Se trataba de una celebración tradicional que se llevaba a cabo, la mayor parte de las veces, cuando una adolescente ya iba quedando lista para casarse y se le practicaba la circuncisión. Llegaban parientes que vivían en lugares lejanos y eran recibidos con abundancia de alimentos y bebidas. En el centro de la explanada en la que se llevaba a cabo la celebración principal se ponía una cruz shipiba. En la cruz se amarraban animales del monte que habían sido atrapados con vida para que los asistentes a la celebración les dispararan con arco y flecha durante el evento. Luego esos animales eran ingeridos de forma comunal, reforzando así los vínculos entre los parientes.

La simbología de la cruz como centro y punto de encuentro permite que también la entendamos como marca de un lugar destinado a la resolución de conflictos y a la práctica de la complementación. Los encuentros entre los diferentes algunas veces son amistosos y festivos; otros, en cambio, pueden ser conflictivos, como cuando en la fiesta del *ani xeati* dos hombres decidían pelear. Sin embargo, no se trataba de destruir al oponente; el conflicto se resolvía cuando uno hería al otro. Entonces, todas las ofensas del pasado eran olvidadas; la paz y la cordialidad volvían a instalarse entre ellos. Se recuperaba así el equilibrio, la convivencia armónica y saludable, para que los conflictos internos no destruyan por completo los vínculos de parentesco y, de esa manera, la convivencia sea posible y alegre. Antes de la conquista de la Amazonía llevada a cabo por el Estado peruano y la implantación coercitiva de sus mecanismos legales, los pueblos indígenas teníamos nuestras propias maneras de resolver los conflictos y de salvaguardar la vida en común.

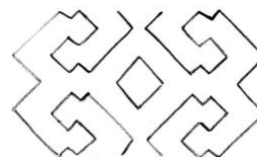
Desde una lectura horizontal y geográfica, el centro de la cruz parece marcar el lugar de convergencia del pueblo, de los familiares, *non kaybobo*, los cuales visitaban el lugar donde se llevaba el *ani xeati* desde todos los rincones de la región, desde las cuatro direcciones sagradas o punto cardinales. Una lectura vertical, en cambio, propone a la cruz como símbolo la complementación de la izquierda y la derecha, de lo alto con lo bajo, y del mundo espiritual con nuestro mundo. Como sucede también con otros diseños kené, el koros kené simboliza la enseñanza antigua acerca de la necesidad de complementarnos y vivir en equilibrio: nuestros dos ojos se complementan, nuestras dos manos se complementan, el hombre y la mujer se

complementan, nuestro mundo se complementa con el mundo de los espíritus. La complementación y el equilibrio son siempre una aspiración que no implica fijar las cosas en una estabilidad arbitraria y artificial, sino que nos permiten responder a los desafíos de la vida, y a las constantes transformaciones, orientados por un principio ancestral que da sentido a nuestros pasos y a nuestro pensamiento. Si bien las asimetrías pueden ser toleradas por un tiempo, no deben permanecer, ya que, si una de las partes se impone sobre la otra de forma abusiva, la relación genera malestar y desarmonía.



(Figura 2)

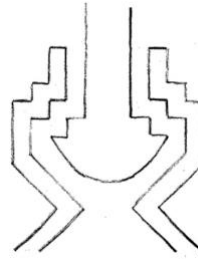
El *xao kené* (figura 3), en cambio, es un diseño de trazos largos y gruesos semejante a los huesos de los grandes peces del río, como el paiche. Por eso su nombre *xao*, que significa hueso. Otras personas conocen a estos diseños con el nombre de *bechikona kené*. Siendo que la palabra *bechikona* significa encuentro, puede interpretarse que este tipo de diseño es símbolo del encuentro de dos fuerzas o entidades opuestas pero complementarias, como puede ser lo masculino y lo femenino, el agua y la tierra o la tierra y el cielo. Una vez más el kené puede ser entendido como una suerte de escritura que guarda las enseñanzas de los sabios Meraya del pasado y de los Inka arquetípicos, de los Inka buenos que no mueren. Aunque no todas las mujeres sean conscientes de los principios vitales que se expresan en el kené, las artistas shipibas parecen responder, casi diríamos intuitivamente, a esta antigua aspiración al equilibrio, la simetría y la complementación. Se trataría, posiblemente, de un anhelo profundo por una vida entendida en términos legítimos, según las enseñanzas antiguas. E incluso el kené parece la materialización de nociones más profundas y primigenias, ya que la existencia surge de la complementación de los diferentes, del encuentro de las polaridades. No puede haber vida si los opuestos no se relacionan. El buen convivir precisa que estas relaciones, necesarias para la continuidad de las generaciones, tiendan a darse sin imposiciones y en equilibrio, ya que los seres que se vinculan entre sí deben reconocerse como mutuamente necesarios y hacerlo movidos por el respeto y el afecto.



(Figura 3)

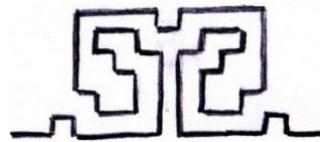
El *mapo kené* (figura 4) es el diseño con forma de cabeza, que en shipibo se conoce como *mapo*. La cabeza es símbolo del jefe, de la persona con sabiduría, alguien de grandes pensamientos y fuerza espiritual que puede guiar a una familia y sostenerla unida. Es un antiguo diseño que pintaban las mujeres en honor a sus maridos, ya

que los antiguos hombres shipibos eran fuertes, personas de palabra recta y muy trabajadores. Nuestras abuelas respetaban y amaban a sus maridos cuando estos eran buenos y no las maltrataban, cuando pescaban y tenían conocimientos de las plantas. Aun en la actualidad sigue siendo un diseño bastante frecuente, aunque suele usarse más por su estética que por su antiguo simbolismo. Es posible también que el *mapo kené* simbolice el encuentro de una fuerza activa con un entidad pasiva y receptora, la vinculación de los masculino con lo femenino (hablando a un nivel arquetípico), por lo que también podría ser un signo de fecundidad, de nacimiento y crecimiento, del intercambio generativo de fuerzas complementarias que permite la prolongación del ciclo vital.



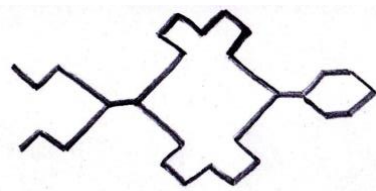
(Figura 4)

El *ronin kené* (figura 5) es el diseño del dragón o de la inmensa serpiente que, según las antiguas narraciones y las visiones de los sabios, vive en el fondo de las aguas y es dueña de distintos espacios, como algunos pongos, remolinos o lagos. El *ronin kené* simboliza la vibración espiritual y energética de los ríos, de los lagos y quebradas, dándonos a entender que las aguas también están vivas, que tienen pensamiento, ánima y conciencia. Y que además tienen un dueño, un guardián, aquello que los mestizos de la Amazonía peruana designan como su madre. Se afirma que los dragones ronin tienen hermosos diseños kené en su cuerpo, por lo que sabemos que se trata de un animal con una fuerza espiritual casi sagrada: los diseños que lleva en su cuerpo han inspirados a los artistas shipibos desde antiguo. También las boas llevan esos diseños, y por eso se les considera animales con una gran fibra anímica y depredatoria.



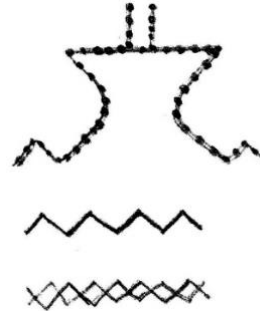
(Figura 5)

El *yapan xao kené* (figura 6) es un diseño que se inspira en las formas de los huesos de peces, que se conocen con el nombre shipibo de yapan.



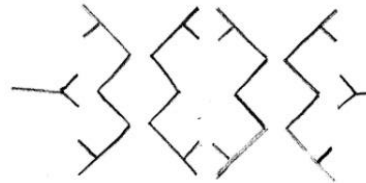
(Figura 6)

El *toshpi kene* u *ochiti shebi* (figura 7) es un diseño circular similar al *maya kené*; la diferencia consiste que en el *toshpi kene* tiene unos trazos hacia los lados que solo se consiguen en los bordados kewé y no en los dibujos. El *maken xeta* (figura 8), conocido con el nombre de diente de piraña, traza un diseño zigzag que suele dibujarse o bordarse en los bordes de la falda pampanilla o de las telas pintadas; también puede ser usado para decorar los rellenos al interior de otros diseños principales. El diseño *torosh shaka* (figura 9), que significa escama del pez shirui, se usa para decorar los bordes de diferentes trabajos artesanales, ya sea pampanilla, en las servilletas, o cualquier otra manta, e incluso en algunas cerámicas.



(Figuras 7, 8 y 9 en orden descendente)

El nombre *amen shao kené* (figura 10) significa el diseño hueso de sachavaca.



(Figura 10)

Las mujeres y el kené

La confección de ropas y el bordado sobre las mismas es responsabilidad de las mujeres. Son pocos los hombres que bordan ropa. “Estos implica una cierta dependencia estética material de los hombres para con las mujeres... Sin una mujer, el hombre no tendría ningún adorno material” (Belaúnde, 2009: 22). Para nuestros ancestros no era conveniente que los humanos andemos solos, sino que debemos vivir en pareja. El individuo no se realiza a sí mismo de forma autónoma, sino que lo hace mediante sus vínculos, amando y respetando a sus padres, ayudando con generosidad a su pareja, cuidando y educando a sus hijos, relacionándose con sus parientes y con el resto de la comunidad. Nadie llega a ser de forma plena en soledad. El hombre y la mujer tienen que servirse mutuamente, ayudarse y pensar bien el uno del otro, hablándose con buenas palabras. No hay que discutir ni competir, porque los hombres y mujeres, siendo diferentes, hemos de vivir y trabajar unidos como lo hacen la mano izquierda y la derecha. La mujer que conserva en su corazón las palabras de los antiguos, es feliz atendiendo a su esposo y a sus hijos, bordando sus ropas para que ellos luzcan bien cuidados, hermosos y elegantes.

Una *cushma* bellamente bordada es expresión del afecto de la mujer por su esposo, muestra de su agradecimiento hacia el hombre que la ama y protege, del amor que

siente por el padre de sus hijos, quien defiende a la familia y es tierno con los más pequeños, que atiende a los ancianos, que se preocupa por los enfermos. Como ha hablado mi tía Agustina Valera en su libro testimonial *Kosbi Shinaya Ainbo: el testimonio de una mujer shipiba*: “Un hombre shipibo debe ser muy bueno, no nos debe hacer faltar nada, ni leña, ni comida” (2005: 149). El hombre que piensa bien, habla a su familia con cariño, la sabe guiar y despierta respeto. Nunca deja de pensar en sus hijos y en su mujer, y procura atender todas sus necesidades. En cambio, los hombres rabiosos, *sina joni*, actúan de manera ilegítima. “Existen hombres malos porque no escucharon a sus padres, o porque nunca los curaron. Estos hombres son abusivos con sus mujeres, rabiosos, pleitistas, nos tratan mal. Los hombres de este tipo no quieren a nadie porque no son buenos, en su corazón solo hay malos pensamientos” (Valera 2005: 149) Cuando un hombre o una mujer tenemos malos pensamientos y mal carácter, nos deben curar con plantas para que podamos recobrar la tranquilidad y vivamos nuestras relaciones de afecto en paz, de forma legítima, como enseñaron nuestros abuelos. El hombre bueno, que se comporta bien y cumple con las responsabilidades de su género, inspira el amor con el que su esposa borda sus ropas. En cambio, la mujer no debe ningún cariño ni respeto al hombre perverso y abusivo.

La mujer shipiba que piensa de forma legítima, agradece a su marido y se brinda a sus labores cotidianas con esmero, para el bien de su matrimonio y de su pareja. Las antiguas shipibas se levantaban a trabajar antes del alba. Nadie ama a una mujer perezosa. El trabajo de la mujer, su aporte al hogar, da testimonio de su generosidad, de la calidad de su pensamiento, de la educación que recibió de sus padres y del amor que siente por su familia. Si la mujer se realiza de forma plena en el ámbito femenino, aporta de manera fundamental al bienestar de la red de relaciones afectivas. Sentarse a diseñar y embellecer la ropa es parte esencial de nuestra identidad, de las labores femeninas y de la armonía familiar. Los antiguos nos enseñaron que el amor es algo natural, simple y hermoso; pero en tanto las personas dejan de escuchar los sabios consejos y viven según sus propios caprichos, vemos cada vez más hombres abandonando sus hogares, discusiones de parejas y violencia doméstica, así como también hay mujeres que descuidan a sus esposos y a sus hijos. Es necesario recordar lo que nuestros abuelos nos aconsejaban. Un hombre debe realizar sus responsabilidades masculinas y la mujer, las femeninas. Es así como hay armonía en el hogar. Es por eso que la belleza del kené es expresión del buen pensar y del buen vivir. El kené busca el equilibrio sin desbordes, sin excesos, sin carencias.

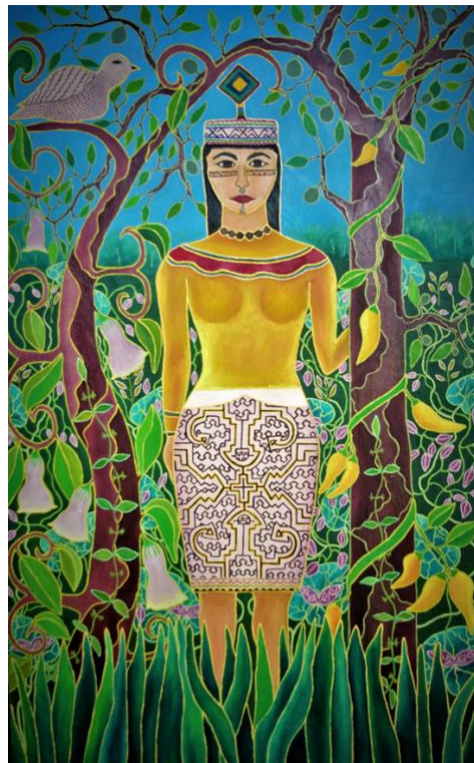
La profundidad filosófica del kené

La belleza del kené es también símbolo de salud. Para el pensamiento shipibo, belleza y salud son indisociables. Un cuerpo hermoso es un cuerpo saludable. El médico Onanya no juzga la belleza del cuerpo solo por una apariencia externa, sino que ante todo por un equilibrio interior. La salud es, así mismo, inseparable del buen convivir, del buen pensar, del buen hablar, siguiendo los consejos que nuestros ancestros nos dejaron y que ellos aprendieron de los Inka eternos. Hay una cercanía casi indesligable de los diseños con los mundos suprasensibles. Los diseños pueden ser más simples o más complejos, pero se nos hacen más verdaderos cuando, por algún motivo difícil de explicar, sabemos que han sido realizados casi sin esfuerzo, como respondiendo a un dictado superior. La maestría en el diseño no depende solo de un conocimiento técnico; sino que, desde un interior sin afanes ni preocupaciones, la intuición nos guía como inspirada desde los mundos espirituales

por una musicalidad espacial que se desenvuelve geométricamente sobre la tela. Cuando las mujeres hacemos kené conseguimos esas acabadas y hermosas figuras sin realizar ninguna medición previa, como si una voz profunda nos guiara, guardando una suerte de conciencia primordial de las dimensiones. Quien alcanza la maestría del kené parece seguir una intuición rítmica, musical y, en última instancia, matemática. El kené es una geometría poética y un trazado sonoro.



Jene Noma: mujer espiritual del agua Cuadro de la artista Chonon Bensho.



Kene Noma: mujer espiritual dueña de los diseños kene. Cuadro de la artista Chonon Bensho.

El kené no solo es testimonio de la vocación estética del pueblo shipibo-konibo, sino también de nuestro temperamento contemplativo y filosófico. De una comprensión geométrica y espiritual de la existencia. Según nuestra interpretación, el kené expresa la firme convicción de que el mundo visible no es un conjunto de eventos azarosos y desordenados, sin ningún motivo superior que los regule y establezca, sino que el conjunto existencial responde a un orden cósmico, a una

íntima racionalidad que solo puede ser captada por los ojos del espíritu, por los sentidos del corazón, por la fineza de la intuición. El kené es manifestación de una fe irrevocable en que el orden y el equilibrio han de prevalecer sobre el caos y la desarmonía. También, de una certeza en que el afecto y las raíces que nos vinculan como pueblo y mantienen un diálogo vivo con nuestros antepasados, han de sobrevivir, por lo menos en algunos de nosotros, sobre los intentos que buscan destruirnos, quebrarnos por dentro, asimilarnos al proceso de homogenización desplegado por la modernidad en términos eurocéntricos. El kené es expresión del instinto de vida que vence al impulso de muerte, una evidencia más de la asombrosa capacidad de resiliencia de los pueblos indígenas. A pesar de ver reducidos nuestros territorios, de haber sido rodeados por pueblos extraños que se han burlado de nosotros y nos han subestimado, a pesar del racismo y de los intentos opresivos, seguimos creando y respirando.

El canto curativo es también indesligable del kené. Hay un vínculo íntimo entre los diseños y nuestra medicina tradicional. La fuerza vibratoria de la voz del médico rescata al paciente del caos, de la desarmonía, y lo devuelve a la belleza y al equilibrio. Y esta belleza y equilibrio se expresan simbólicamente mediante las formas del kené. El canto del Onanya borda un kené saludable, un kené suprasensible y vibracional, en torno al cuerpo del paciente, que es como volver a hacer el cuerpo. *Min yora bena abano*, canta entonces el médico, lo que significa: “estoy haciendo tu cuerpo nuevo”. El kené suprasensible que traza el canto sobre el cuerpo es símbolo de la salud recuperada, de la armonización interna y vibracional del paciente. El kené del canto expresa que todo ha vuelto a su lugar legítimo, en la proporción debida, sin carencias ni excesos, que cada parte está en equilibrio con la totalidad. Esta fe en el orden implica, necesariamente, la creencia antigua en que la existencia responde a una inteligencia dinámica, para decirlo de algún modo, a una conciencia ordenadora y animadora, que otorga a todos los seres un lugar legítimo, una posibilidad, un sentido y también unos límites.

Este orden primigenio, así como la salud y la belleza, dependen, en buena medida, del vínculo que se establece con los mundos espirituales, ya que el orden va de lo suprasensible a lo sensible. El médico Onanya es un guardián del orden, ya que, vinculándose con los mundos espirituales, contribuye a devolver los equilibrios perdidos. El kené, en última instancia, da testimonio de la sabiduría ordenadora del Gran Espíritu, de *Nete Ibo*, *Non Papa Ibo* (que significa “nuestro padre dueño de todo lo existente”). El kené se manifiesta en las formas de los ríos sobre la tierra, en las arterias de las hojas, en los cuerpos de los jaguares y de las anacondas, en las formas de los huesos, en los dientes de algunos peces. Y, sobre todo, en la ropa y el cuerpo de los seres espirituales y resplandecientes. La vida material parece haberse desplegado sobre la base de ciertos patrones geométricos, de una inteligencia matemática que ha dado a los seres sus formas y propiedades, sus propios mundos y su temperamento particular. Cuando los principios vitales legados por los antepasados se transgreden, surge el desajuste, la desarmonía, el desorden y la enfermedad. El kené expresa una refinada racionalidad, una aspiración a lo lumínico y a la armonía, en contraste con el gobierno de lo irracional y desordenado de la brujería y la oscuridad.

El orden del kené es armonía, belleza, simetría, complementación, equilibrio e incluso respeto, todos atributos que quedan englobados en la palabra *jakon*, que es

lo bueno, lo legítimo, aquello que es acorde a los principios solares y cósmicos. Por eso el kené es también expresión de una ética. No puede ser *jakon* aquello que está en desequilibrio, que tiende al caos, que es excesivo o que se impone de forma autoritaria, negando a complementarse. No se trata de un orden cerrado o que pretenda ser perfecto, en el sentido de los sistemas mecánicos e inmutables del racionalismo occidental. Es un orden dinámico, un constante equilibrarse en relación con el territorio, con el resto de seres vivos, en vinculación con nuestros parientes, abierto a las infinitas posibilidades e indeterminaciones de la existencia; un llamado permanente al complemento armónico, que puede exigir adaptaciones y afinamientos, pero que trata de evitar la imposición de una parte sobre el conjunto. El orden del kené es flexible como el cauce de los ríos; no pretende fijar una imagen al margen de las condiciones externas, sino que es ante todo expresión de una forma de estar en la existencia, de un estado del espíritu que se manifiesta en relaciones armónicas con la vida. El kené pone de manifiesto nuestro buen pensamiento, *jakon shina*, y nuestra tranquilidad interior, *tanti shina*.

CONCLUSIONES

El kené no ha permanecido igual en el tiempo, sino que ha mutado, asimilando distintos elementos de trabajo, como los hilos de colores, o nuevas formas geométricas. Las permanentes innovaciones son un elocuente testimonio de la vitalidad creativa de la nación shipibo-konibo y de la capacidad que tenemos de asimilar elementos exógenos sin perder nuestras profundas raíces culturales y espirituales, incluyéndolos como parte de nuestra racionalidad ancestral. El arte shipibo, como cualquier otro arte, es indisociable de los cambios e intercambios culturales que experimentamos; cada diseñadora da cuenta de sus propios procesos y experiencias, de su modo de encarar la transculturación. “El kené es un arte vivo y cambiante” (Belaúnde 2009: 27). Los diseños antiguos solían ser más alargados y simples, eran más estilizados, pero de trazo rústico y con menos detalles complementarios; eran menos recargados y componían un ritmo más frugal en la forma, en la sobriedad de los colores logrados con tintes naturales y la mayor preeminencia del vacío. Pero las cosas cambian, y también lo hacen los gustos. No somos pueblos estancados en una supuesta noche de los tiempos ni un rezago de la historia, como han querido pensarnos desde los sectores más radicales del pensamiento positivista, sino que como todo grupo humano cambiamos y nos adaptamos a las nuevas circunstancias de vida.

El kené es símbolo de aquello que nos une, de los vínculos de afecto entre los parientes, de los deberes que tenemos los unos con los otros, de una raíz cultural y espiritual que perdura. El kené expresa el vínculo que, en sueños y visiones, mantenemos con los antepasados, con los Dueños del conocimiento, con los seres espirituales Chaikonibo e Inka. Gracias al kené, nuestros pensamientos se conectan con los ríos y lagos, con la sabiduría medicinal de las plantas y con la fuerza de nuestros ancestros. Algunas madres ponen en los ojos de sus hijas recién nacidas gotas de la planta medicinal *kené waste*, para que cuando crezcan lleguen a ser maestras del diseño. Otras les dan de tomar unas gotitas de esta planta. También hay una planta medicinal llamada *kene samban* con la que las mujeres puedan mojar sus manos y luego de un tiempo de dieta, empezar a dibujar; así perfeccionarán sus diseños y siguen aprendiendo. También la hoja *iponbekene* se puede dietar para llegar a ser una maestra del diseño, una mujer habilidosa, *menin ainbo*, capaz crear nuevos diseños inspirados en nuestros sueños. Algunas veces las mujeres soñamos con

nuestras abuelas y ellas nos enseñan diseños. El ser humano no puede llegar a realizarse de forma plena sin recibir fuerzas y consejos del mundo espiritual.

Cuando soñamos o en las visiones de *ayawaska*, vemos que todo lo que es medicinal y tiene fuerza aparece decorado con kené. A los antepasados y a los espíritus Chaikonibo siempre los vemos adornados con diseños kené. El kené es un símbolo distintivo de los seres espirituales y de los antiguos, que nosotros hemos heredado. Las mujeres aprendemos a hacer nuevos kené cuando soñamos con los antiguos y nos muestran sus ropas. Nuestros kenés son una copia de los kenés que vemos en nuestros sueños. Los humanos nos pintamos el rostro con kené tratando de imitar la belleza de los seres espirituales, de asemejarnos a ellos. La simetría dinámica del kené nace de la aspiración humana a vivir de forma semejante a los espíritus luminosos del mundo bueno del Espíritu, el *jakon nete*. El equilibrio del kené expresa nuestro anhelo de trascender, de llegar a ser semejantes a los seres espirituales, para vivir una existencia sabia y dichosa. Por eso en el kené se expresan todos los valores éticos que son propios de los espíritus Chaikonibo: la compasión, el cuidado mutuo, la liberalidad, la generosidad, la complementación, el respeto a los mayores, el cuidado de los débiles, la sanación de los enfermos, el canto que devuelve la salud, la sabiduría de los Onanya, la prudencia, el uso correcto de las palabras, la ausencia de discusiones, la humildad, la obediencia, la belleza simple y resplandeciente, la jovialidad de espíritu. La contemplación de un kené bellamente realizado evoca todas estas cualidades éticas en la persona sensible que persiste vinculada con las enseñanzas de los ancestros. A pesar de que puede parecer extraño o un mero patrón decorativo ante los ojos del extranjero, a nosotros el kené nos recuerda que estamos llamados a vivir una existencia legítima en medio del caos de nuestro mundo. Y que debemos continuar practicando las antiguas enseñanzas.

Referencias Bibliográficas

- Belaunde, L. E. (2005). *El recuerdo de luna. Sangre, género y memoria entre los pueblos amazónicos*. Lima: UNMSM.
- Belaunde, L. E. (2009). *Kené: arte, ciencia y tradición en diseño*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- Belaunde, L. E. (2014). Propuesta para la interculturalidad a partir del cuerpo, el género y la crianza en la Amazonía peruana. En: Espinosa de Rivero, Óscar y Luisa Elvira Belaunde. *¿Indigenismos, ciudadanías? Nuevas miradas*. Lima: Ministerio de Cultura.
- Brabec de Mori, B. W. (2009a). Words can doom. Songs may heal: ethnomusicological and indigenous explanations of song-induced transformative process in Western Amazonia. *Curare. Journal of Medical Anthropology* 32, 123-144.
- Brabec de Mori, B. W. (2009b). La corona de la inspiración. Los diseños geométricos de los Shipibo-Konibo y sus relaciones con cosmovisión y música". *Inidana* 26, 105-134.
- Favaron, P. (2017). *Las visiones y los mundos: sendas visionarias de la Amazonía occidental*. Lima: CAAAP y UNU.
- Valera Rojas, A. y Valenzuela Bismarck, P. (2005). *Koshi shinaya ainbo: el testimonio de una mujer shipiba*. Lima: UNMSM.